

Viejos recuerdos

IGNACIO M^a BARRIOLA

Este emotivo texto de nuestro Exdirector y Amigo, Dr. Iñaki Barriola, nos fue entregado a finales de Noviembre de 1997, por su sobrina y actual Vicepresidenta Maite Recarte Barriola. Pocos días después, recibimos, como un mazazo, la triste noticia de la grave dolencia de nuestra querida Maite. Pasados los momentos críticos, hoy Maite se recupera lentamente.

El Consejo de Redacción del Boletín envía a la familia Recarte Barriola, tan significada en el amor y cariño por este País, y que tanto ha dado a la Bascongada, su mejor recuerdo y el deseo ferviente de poder contar con Maite pronto y totalmente restablecida entre nosotros, al mismo tiempo que Dios siga manteniendo aquí a nuestro querido Iñaki Barriola.

Bihotz bihotzez.

Capítulo importante en la vida, sobre todo de los profesionales es el que lo constituye el formado por los maestros, los amigos los simplemente colegas con quienes a lo largo de la vida se tiene trato en grados de diferente relación desde el simple conocimiento hasta la más o menos trabada intimidad. Carácter este último que depende no solamente de uno mismo sino también de la actitud sentida o adoptada por la otra persona.

Hay personas a las que se admira mientras con otras se congenia cuando se las trata o al menos se las tolera. La buena disposición personal facilita el trato hasta hacerlo agradable, conveniente o necesario. Disposición que suele ser connatural para quienes venciendo barreras son capaces de sentirla o se disponen, con o sin esfuerzo, a ponerla en práctica. Cuestión de temperamento y de educación.

Pero las hay también que sin llegar a causar admiración sí llaman la atención, sorprenden, por el halo de notoriedad que las envuelve por propios méritos o por el impacto que han llegado a producir en la sociedad de su época. Tal es el caso de la especie de histeria colectiva que se creó alrededor de la figura del doctor Fernando Asuero en la primavera de 1929 en San Sebastián, ciudad en la que ejercía como Otorrino-laringólogo.

Ampliando estudios me encontraba en París en la primavera aquella y cuando a comienzos del verano regresé el fenómeno Asuero o si se quiere mejor, el del Asuerismo, se hallaba en pleno furor, conocía y, aunque poco, le trataba como compañero del Hospital donostiarra San Antonio Abad. Me parece verle, dicharachero y jocundo en los pasillos del Hospital en compañía de sus ayudante, y aun conservo en la memoria una anécdota vivida en el mismo Hospital: Su Director, doctor José Beguiristain, gran clínico y científico por excelencia, le invitó a que pusiera en práctica su procedimiento en una enferma de edad avanzada encamada por no poder caminar debido a sus dolores de piernas por proceso cuyo diagnóstico ya no recuerdo. Asuero, con su estilete, le tocó el trigémino sin resultado positivo alguno en presencia del grupo de compañeros que rodeábamos la cama. La indignación de Don Pepe fue manifiesta exclamando que todo aquello del tratamiento asuerista era pura farsa y médicamente intolerable.

Llevaba yo por entonces la Clínica donostiarra Ntra. Sra. de las Mercedes en la que el Doctor Juan María Arrillaga tenía en tratamiento a la esposa de Asuero por proceso tumoral muy doloroso que requería casi continua sedación. Doy fe de que ni una sola vez se le ocurrió calmarlo con su técnica de virtudes, a su decir, eminentemente analgésicas.

Cuando el asuerismo perdió su prestigio en la capital primero y todo a la ancho de España después, saltó a Argentina en donde los primeros resultados favorables al parecer cesaron pronto después. Lo mismo sucedió con los casos confiados al tratamiento de sus dos compañeros que siguieron sus pasos, los doctores Fernando Tamés y Román Aramburu. La afluencia de enfermos que se arremolinaban a la puerta de su consulta en el número 1 de la donostiarra calle de Loyola y que más tarde esperaban en masa a la puerta del Hotel Príncipe en el que les fue recibiendo durante unos pocos meses, para ir disminuyendo hasta su desaparición total al compás del fracaso evidente de los toques de trigémino fundamento de su terapia.

Unos sesenta años más tarde, el doctor José Carlos Veja Orte reunió en su Tesis Doctoral aprobada Cum Laude en la Universidad de Navarra el 30 de

Octubre de 1990 y publicada por la Diputación de Gipuzkoa con el título *Las curaciones del doctor Asuero* cuanto se conocía y se había dado a la luz en relación con el tema.

* * *

El doctor don Valentín Fort Zárraga era una persona singular con quien guardé íntima relación en lo aparente ya que al no ser amigo de confianzas era difícil conocer su sentir en problemas de alguna enjundia, tanto en lo personal, como en lo político o social.

Era cuñado de D. Ignacio Pérez Arregui, destacado letrado donostiarra, oriundo de Azpeitia, y pronto, me impresionaron su seriedad, austeridad de costumbres y rigor de juicio. Bastante mayor que yo en edad profundamente religioso, solterón, de vida retirada, sin aficiones especiales en lo literario o artístico, no era fácil encontrarse con él en actos sociales y menos en los habituales en la época de tipo político tampoco de mi agrado.

Políglota, dominaba aparte del castellano, el italiano, francés, euskera y alemán, residió largo tiempo en Alemania en donde durante la guerra mundial estuvo al frente de una Clínica médica hasta que al terminar regresó a Donostia, dedicado a la medicina interna con disposición especial para las prácticas, corrientes en la época, de Laboratorio. Al arrimo de su prestigio profesional y familiar comenzamos juntos el montaje, organización y puesta en marcha de la Clínica donostiarra Ntra. Sra. de la Mercedes cuando el doctor Leandro Martín Santos la dejó para establecerse en la que llevaba su nombre en el Alto de Eguía. Como lo he dejado escrito en alguna otra ocasión, a los escasos tres meses de su apertura dio comienzo la guerra civil española. Mi historia política familiar más que la nada destacada personal mía, dio pie a que se me requisaran piezas importantes de la Clínica, mesa de operaciones, la lámpara ecialfática y algún instrumental quirúrgico con grave quebranto de nuestra nada boyante economía.

Por cierto que unos cuatro años más tarde pude localizar y recuperar la mencionada lámpara que durante la guerra formó parte del equipo quirúrgico de un colega, creo que oriundo gallego, a quien casualmente había conocido durante mi estancia en Heidelberg al regreso de Viena.

Los indicios de la Clínica, debido principalmente a que a los tres meses empezó la Guerra Civil, no fueron tan brillantes como pudiéramos concebirlos sobre todo en el aspecto económico lo que hizo que mi compañero suspendie-

ra su aportación pecuniaria aunque no su colaboración profesional limitada casi exclusivamente al servicio del laboratorio en el que se encerraba hasta la hora en que salíamos a comer al mediodía previa su visita al oficce en el que coincidíamos para solicitar de mí, que le diese “el pitillo del hambre” como él decía, pues, poco fumador, nunca llevaba tabaco en el bolsillo.

A los años y atendiendo médicamente a la acaudalada viuda de un financiero, creo que navarro, que residía en el Hotel de Londres, mi compañero llegó a enamorarse de ella y a primeras horas de una mañana nos sorprendió por teléfono con el anuncio de la inminente boda a las pocas horas, con el encargo para cada uno de los llamados de comunicarlo a un reducido grupo —dos o tres— de amigos comunes. Uno de los a mí recomendados fue el doctor Beguiristain que atónito ante la noticia me hizo el curioso y certero comentario siguiente: “le creíamos un pensador y nos ha resultado un calculador” que desde entonces no lo olvido. La boda, a primeras horas del mismo día en la parroquia de Santa María se celebró en privado.

Con ésta, cambió radicalmente su vida. Su domicilio se convirtió en poco menos que un museo de arte al que para entrar había que cubrir el calzado con unas chancletas de paño dispuestas en la puerta, montó en el vestíbulo un rico altar protegido por una brillante cancela metálica y sobre varias mesitas se exhibían notables piezas de orfebrería propiedad de la desposada. No era frecuente ver en la calle a la pareja como no fuese al mediodía de regreso de la misa de los Franciscanos de Atocha o solamente al marido sacando a la noche a pasear a Tosca, su perrita. ¡Quién lo pensara...!

El, que siempre hasta entonces caminaba a pie por la ciudad aprendió a conducir y andaba en coche. Coche con el que, a la salida de la ciudad hacia la frontera tuvo un accidente que le originó una fractura de pierna con muy prolongado reposo en cama a consecuencia del cual falleció a causa de una complicación cardio-respiratoria algún mes más tarde. Pude visitarle varias veces hasta que un día nos sorprendió de su brusca e inesperada muerte.

* * *

En el grupo de amigos ocupaba para nosotros lugar preferente el matrimonio formado por el doctor Manuel Larrea, primer psiquiatra conocido como tal en Donostia, y su esposa la biarrota Eugenia que durante toda su vida mantuvo el castellano aprendido quizá para su matrimonio pero sin perfeccionamiento alguno, con una capacidad para aguantar las bromas que al respecto se le hacían digna de los mayores elogios. Larrea, junto con el doctor Francis-

co Vidarte montaron en una pequeña villa de Oyarzun un Sanatorio hasta que adquirieron el de San Esteban mucho más capaz y rodeado de espléndido jardín en el barrio de su nombre en Usurbil, previa estancia en la donostiarra Villa Zinza en el camino viejo de Ategorrieta, finca que el Mariscal Petain ocupó algún tiempo durante su exilio en San Sebastián. El Sanatorio San Esteban sigue funcionando en la actualidad bajo la dirección del doctor José Manuel Urrutia sobrino carnal del doctor Larrea. Durante la guerra civil española el matrimonio Larrea y el formado por mi esposa y yo alquilamos una villita en Urnieta en la que pasábamos largas temporadas especialmente en verano durante unos cuantos años. De allí nos trasladábamos a diario a la capital, tanto él como yo, para atender a nuestra clientela privada.

Los domingos acudíamos a la misa mayor del pueblo en la que en alguna ocasión en la que faltamos, el párroco, acérrimo defensor de las “apariciones” de Ezkio (Ezquioga), advirtió a los feligreses que se veía obligado a cambiar el sermón que traía preparado por no estar presentes quienes mejor le podían comprender... Al mediodía de los domingos podíamos contar con su indefectible visita en la que se hablaba tanto de sus males físicos como de sus inquietudes parroquiales.

No es de olvidar cómo cualquier día mientras pasábamos la consulta del Dr. Beguiristain a cuyo servicio estábamos adscritos los dos, de pronto se le ocurría a Larrea mirar el calendario y cualquiera que fuese el nombre que apareciera en el santoral me indicaba que pocas personas lo festejarían en nuestra ciudad y que podíamos hacerlo nosotros: inmediata llamada telefónica a nuestras correspondientes esposas para, puestas de acuerdo, poner en cazuelas transportables lo preparado y bajar del Hospital nosotros a buscarlas para ir juntos a comer en el campo que solía ser del antiguo Tiro de Pichón de Ulía, contando naturalmente con que hiciera buen tiempo. Terminada la comida, recogíamos los trastos y bajábamos a pasar nuestras respectivas consultas satisfechos del capricho cumplido.

* * *

Buen amigo también y admirado como artista era Nicanor Zabaleta, conspicuo artista dedicado al arpa desde la infancia, con el que logró alcanzar los más altos niveles de la fama. Nos conocíamos ya de niños, compartimos la misma casa de patrona en Madrid cuando preparaba oposiciones para la cátedra de la especialidad en el Conservatorio madrileño, plaza que escandalosamente no se la concedieron, felizmente para él que así quedó con mayor

libertad para recorrer con su instrumento el mundo entero. En un viaje mío de estudios a París y por mediación suya me alojé en su misma Residencia de estudiantes en la Rue Madame con lo que tuve ocasión de escucharle a diario en las muchas horas que dedicaba al estudio antes de su traslado a Madrid y de deleitarme con sus ejecuciones de obras que ya me eran bien conocidas cuando las incluía en los programas de sus muchos conciertos a los que tuve la suerte de asistir. En su domicilio donostiarra de la calle Urbietta en más de una ocasión nos obsequió con pequeños recitales precursores de los grandes y siempre exitosos celebrados en nuestra ciudad o en Madrid a donde nos trasladábamos el matrimonio para deleitarnos con ellos.

Una curiosa anécdota conservo de uno de los conciertos:¹ al terminar y con otros amigos fuimos a cenar a uno de los restaurantes clásicos de las escalerillas de la entrada a su Plaza Mayor cuyo nombre he olvidado. Al preguntarnos el camarero qué íbamos a beber, Graziela, la esposa de Nicanor contestó que ella agua. “¿Agua?” preguntó sorprendido el sirviente y trayéndosela en una desportillada jarra de cerámica le dijo: “Aquí la tiene señora y ahora que sea lo que Dios quiera” originando el regocijo general.

* * *

Donostiarra como Nicanor y cuatro años más joven era Enrique Jordá, nacido en 1911. Fue director titular de las orquestas de El Cabo y la de San Francisco con la que adquirió gran renombre. Cuando estaba al frente de esta última recibió un día la visita de Zabaleta que esperaba de él una ayuda profesional superior al cariñoso saludo con que le acogió quizá por no estar en sus manos el hacerlo. Pasado algún tiempo y cuando el nombre de Nicanor era más conocido en el mundo musical se estrechó su relación con la notable orquesta californiana pero ello no fue óbice para que en el recuerdo del arpista quedase grabada para siempre la que estimó fría acogida de su paisano donostiarra. El hecho, si no olvidado, pasó a un segundo plano muy posterior en las relaciones mantenidas por ambos artistas según pude observar en un almuerzo que en honor de ambos celebramos un grupo de amigos en la *koxkera* Sociedad Euskal Billera unos años más tarde.

(1) Para mí es inolvidable la emoción que me producía, y también al público sin duda, la casi obligada propina que muchas veces concluía la serie de ellas de sus recitales: la deliciosa *Oñasez* de Aita Donostia.

No es de olvidar la dolorosa sorpresa que nos deparó la inesperada y brusca muerte de Enrique el 18 de marzo de 1996 leída en la prensa, casi a los tres años del fallecimiento de Nicanor (1-IV-93). óbito bien distinto el de ambos pues, si como queda dicho, el de Jordá fue casi instantáneo, el de Zabaleta se produjo tras larga y penosa enfermedad. Si no estoy equivocado, la viuda de Enrique, oriunda de Bélgica sigue viviendo allí pero lo que no es fácil encontrarse con ella a diferencia de lo que sucede con Graziela residente en Donostia con o sin su hija Graziela y Pedro que con frecuencia le acompañan aunque residan fuera de esta ciudad.

* * *

No era ni podía ser la relación de amistad sino de respeto y admiración la que me unía a don Juan Madinabeitia nacido en Oñate el 18 de abril de 1861, uno de mis maestros y el más honorable sin duda alguna. Siendo estudiante de cuarto año de carrera fui presentado a él por el eminente digestólogo y cirujano don Luis Urrutia amigo de infancia de mi padre con relación mantenida a lo largo de sus años de vida. La seriedad y prestigio de su enseñanza hacían admirable a Don Juan, al tiempo que su bondad atraía hacia sí a cuantos de acercaban a su Servicio, verdadera escuela de medicina y de la digestología.

A la pequeña aula que ocupaba en el última piso del Hospital Clínico de Madrid acudíamos a diario sus alumnos al mediodía que en detrimento de la enseñanza oficial de la Facultad a cargo por aquellos años del profesor Fernando Enríquez de Salamanca, procurando cohonestar las enseñanzas de ambos, labor nada fácil en la práctica. Buen profesor también don Fernando, sus lecciones adolecían de un academicismo opuesto a la espontaneidad y sentido práctico de las de Don Juan o así nos lo parecía creándonos casi problemas de conciencia al planeársenos dudas a la hora de quedarnos en la Facultad o subir los cuatro o cinco pisos de acceso al Servicio de Madinaveitia.

Don Juan seguía personalmente el proceso de sus enfermos hasta recoger sus últimas enseñanzas ya en el quirófano adjunto a su Sala a cargo del doctor don Carlos Peláez o en el tanatorio sito en la planta baja del edificio. El acompañarle en su visita a la Sala para reiteradas exploraciones de sus enfermos era instructivo en grado sumo y sus comentarios posteriores desde su sillón de madera en su salita, más todavía. Como complemento de sus lecciones diarias contaba con la asistencia de varios especialistas como Calandre para cardiología, de Sánchez Covisa para dermatología o el neurólogo Sanchís Banús entre otros completando una visión completa de la medicina clínica. Su

simpatía general, la sencillez de sus explicaciones, la claridad de sus conceptos y sus profundos conocimientos, convertían sus charlas en genuino magisterio siempre al alcance de los oyentes que asistíamos a diario.

Su hijo Juan Manuel, para nosotros Juanito, fue quien nos introdujo en los conocimientos de la radiología a base de largas sesiones diarias con alguna eventual radiografía que fijase imágenes sospechosas y no de colección de radiografía como fue costumbre de tiempos posteriores. El aparato de su Servicio, no protegido y de milamperaje reducido que casi obligaba a pegar la cara a su pantalla es el que a muchos como a mí nos sirvió para dar los primeros pasos en el conocimiento de la especialidad. El seguimiento del tránsito digestivo en muchos casos en sesiones de mañana y tarde fue la principal enseñanza que recibimos para aplicarla más tarde en nuestra clientela privada.

No era fácil tener trato con el doctor Urrutia, hombre de pocas palabras, dedicado de lleno al ejercicio y al estudio de su especialidad, base de todos los temas que plantease o se le pudiesen plantear sin otras notorias adiciones como pudieran ser el teatro o la música que podrían dar lugar a comentarios en los encuentros con él entre las lecciones que daba o las intervenciones quirúrgicas que hacían en el Instituto Madinaveitia. Fuera de él intervenía también en algún que otro Sanatorio madrileño a los que del grupo de sus digamos alumnos que, en realidad ni nos sentíamos ni nos consideraba como tales ya que carecía de dotes o de disposición para la enseñanza, solamente alguno, como el asturiano doctor García Morán, que en ocasiones le ayudaba como instrumentista, esta pendiente o era advertido de las presuntas operaciones. Las mejores ocasiones para oírle hablar o para escuchar sus comentarios solían ser en las cenas de grupo que de tarde en tarde se organizaban por el Instituto generalmente con la excusa de algún acontecimiento o festividad.

Cuando hace ahora unos veinte años publicó una voluminosa monografía suya el doctor Vitoria Ortiz me sorprendieron las 460 páginas de texto pues conociendo personalmente a Urrutia y su escasa locuacidad me parecía imposible que su figura diese pie a la publicación de tal volumen. La razón la encontré en su contenido con largas menciones alusivas al biografiado en las 180 páginas de su primera parte y la selección de trabajos suyos en las 250 y más que completan el tomo. No podía ser de otra manera y pensé en el presunto fraude que suponía para el inadvertido lector.

Aprecié mucho a Urrutia, admiré su para mí equivocada decisión de trasladarse a Madrid que, como sucedió, aumentó sus quebraderos de cabeza profesionales sin beneficio alguno para su prestigio médico-quirúrgico y sí

probablemente en perjuicio de su salud pues sin tara física de otro orden falleció prematuramente el día de su Santo, 21 de junio de 1930 a los 54 años de edad.

* * *

Gran figura de la medicina guipuzcoana cuyo nombre rebasó con creces sus límites fue don José Beguiristain, don Pepe no solamente en la intimidad sino por general consenso pues así se le conocía en cuantos lugares de la geografía hispana a los que por motivos profesionales alcanzó su renombre de clínico por excelencia. En Gipuzkoa Médica de diciembre de 1996 le dediqué unas páginas para hacer una breve glosa de su entrañable personalidad admirada y venerada para cuantos tuvieron la feliz ocasión de tratar con él; no es ahora ocasión de repetir lo ya publicado pero siempre será oportuno ensalzar su recuerdo en páginas escritas que puedan ser útiles para la posteridad en el campo de nuestra ciencia, antes que el correr de los años la pueda desdibujar como indefectiblemente sucede.

El alto nivel científico de sus conocimientos, su completa dedicación a la medicina y en especial a la atención del enfermo, su simpatía personal y liberal talante, el trato cordial con el que distinguía a sus amistades, su sencillez nada fingida, se ganaban, ya de entrada, el afecto y la admiración de quienes se acercaban a él simplemente para saludarle o en busca de una opinión o consejo. Era curiosa su afición a asimilar su dicción a la del interlocutor de turno copiando giros y acentos ante la sorpresa de quienes le acompañaban en la ocasión más bien temerosos de escuchar un exabrupto de dicho interlocutor. Más de una vez se lo advertíamos sin hallar correspondencia por su parte. Así se comportaba ante el resabido, el gitano o el palurdo que tenía en frente.

Esta sencilla anécdota es prueba de la emoción que sentía ante la observación de la naturaleza: un día bajaba yo en coche del Hospital en el que acababa de estar con él en la consulta, llovía fuertemente y me lo encontré apoyado de codos en el pretil del puente Santa Catalina mirando al mar sin paraguas alguno; me paré y acerqué a él ofreciéndole asiento que lo aceptó y al comentarle lo mojado que le encontraba me contestó que para él pocas cosas eran tan agradables como al llegar a casa calado hasta los huesos secarse, cambiar la ropa y sentarse a comer. No había en sus palabras el menor asomo de presunción.

Cuando en junio de 1929 tomé posesión de mi plaza de Médico Ayudante del Hospital San Antonio Abad de San Sebastián, había en él dos Servicios de Cirugía General, al frente de los cuales estaban los doctores D. Luis

Ayestarán a la sazón a falta de ayudante y D. José María Zuriarrain con D. Miguel Kutz de Ayudante. En el Concurso de Méritos por el que accedimos a nuestras plazas ingresamos Mario Senra, Manuel Vasallo, Fernando Echauz, Ignacio M^a Barriola, Antonio Linazasoro y pocos meses más tarde Francisco Rz. del Castillo que ocupamos las siguientes ayudantías: Echauz la del Dr. Beguiristain, Senra y yo las del Dr. Luis Ayestarán de Cirugía, Vasallo la del Dr. José M^a Zuriarrain; Linazasoro y Rz. del Castillo la de Joaquín Ayestarán de Medicina. Ante las escasas expectativas de actuaciones quirúrgicas que se me presentaban con dos cirujanos en activo por delante, pasé a ocupar el puesto de Echauz al renunciar éste al mismo a pesar de mis deseos de ejercer la cirugía en cuanto fuera posible y por aprovechar la coyuntura de verme junto al Dr. Beguiristain uno de mis más preciados maestros. Nunca me pesó mi decisión.

Y para terminar esta relación silueteada de admiradas personalidades unas palabras concernientes a los dos cirujanos jefes de los Servicios del Hospital de Manteo cuando por los años treinta entré a formar parte del cuerpo médico de él. Eran como queda dicho don Luis Ayestarán y don José María Zuriarrain. En la Dirección del Centro don Luis siguió al doctor Beguiristain del que fue predecesor el cirujano general don Luis Egaña a quien conocí en su cargo. Alto, atildado, de talante señorial, serio y poco locuaz por su sola presencia imponía respeto a los más jóvenes que nos acercábamos a él. Buen cirujano, contrastaba la finura de sus modales con la más tosca y batallona de su ayudante don Miguel Kutz y era frecuente que en verano se acercasen por su Servicio operados forasteros a su paso por nuestra ciudad como un cirujano cuyo apellido no recuerdo que trabajaba en Zaragoza.

Muy distinto en sus modales era el inquieto, activo, doctor José María Zuriarrain quien un día me sorprendió al verle hacer una resección de estómago totalmente solo con el practicante que hacía la anestesia con el Ombredanne.

Era una época en la que las puertas de los quirófanos estaban cerradas para los curiosos, manteniendo con ello el prestigio y el respeto que, a propios y a extraños, imponían las Salas de Operaciones. Hablar hoy de eso parece que es remontarse a tiempos tan antiguos que no pudieron ser alcanzados por los contemporáneos cuando en realidad de verdad fueron aquellos en los que se formaron o comenzaron a formarse.

El tiempo pasa rápido pero no tanto como para hacerse pretérito para quienes la Providencia o la suerte les han obsequiado con una vida prolongada y una memoria feliz.